

SEGUNDA PARTE.

POETICA DEL CRISTIANISMO.

LIBRO PRIMERO.

EXAMEN GENERAL DE LAS EPOPEYAS CRISTIANAS.

CAPITULO PRIMERO.

La poesía del cristianismo se divide en tres clases: poesía, bellas artes y literatura: los seis libros de esta segunda parte tratan con especialidad de la poesía.

La felicidad de los bienaventurados, que ha cantado el Homero cristiano, nos encamina naturalmente a hablar de los efectos del cristianismo en la poesía. En un libro que se dirige a manifestar el genio de la religión santa, cómo podríamos omitir la influencia que tiene sobre las letras y las artes? Esta influencia, pues, ha sido tal que ha trastornado, por decirlo así, el entendimiento humano, y producido en la Europa moderna pueblos enteramente distintos de los antiguos.

Tal vez querrian los lectores descarrilarse por Oreb y Sinaí, sobre las cimas del Ida y del Taigete, entre los hijos de Jacob y de Pramo y en medio de los dioses y de los pastores. Se levanta de entre las ruinas que cubren la Grecia y la Idumea una voz poética, y grita al viajero: "No hay mas que dos bellas especies de nombres y acontecimientos en la historia, los de los israelitas y los de los pelagios ó griegos."

Los doce libros que hemos destinado a estas investigaciones literarias, componen, como hemos dicho, la segunda y la tercera parte de nuestra obra, y separan los seis libros del *dogma* de los seis del culto.

Echaremos una ojeada sobre los poemas en que la religión cristiana ocupa el lugar de la mitología, porque la epopeya es la primera entre las composiciones poéticas. Es verdad que Aristóteles ha querido persuadir que el poema épico está incluido en la tragedia; pero no nos podríamos persuadir lo contrario, esto es, que el drama se halla todo entero en la epopeya? La despedida de Hector y Andrómaca, Pramo en la tienda de Aquiles, Dido en Cartago, Eneas en casa de Evandro ó volviendo á enviar el cuerpo del joven Palas, Tancredo y Herminia, Adán y Eva, son á la verdad tragedias acabadas y en que solo faltan la division de escenas y el nombre de los interlocutores. No es, pues, la *Ilíada* la que dió principio á la tragedia, así como *Margites* á la comedia? Pero si Calpote se viste con los adornos de Melpómene, también aquella primera musa tiene encantos de que la segunda carece. Ni lo *maravilloso*, ni las *descripciones*, ni los *episodios* son del resorte del drama. Toda especie de tono, aun el cómico, y toda armonía poética, desde de la lira hasta la trompeta, tienen lugar en la epopeya. Luego la epopeya tiene partes que faltan al drama, requiere un talento mas univer-

sal y es obra mas completa que la tragedia. En efecto, podríamos suponer con alguna verosimilitud, que es menos difícil componer los cinco actos de un Edipo-Rey, que el inventar los veinticuatro libros de una *Ilíada*; y que una cosa es componer una obra de algunos meses de trabajo, y otra erigir un monumento que requiere la laboriosidad de toda la vida. Sófoeles y Eurípides eran sin duda grandes talentos, pero no consigieron de la posteridad la admiración y alto renombre que tan justamente poseen Homero y Virgilio. Por último, si el drama es la primera de todas las composiciones y el poema épico la segunda, ¿cómo es que desde la antigua Grecia hasta nuestros días solo se encuentran cinco ó seis poemas épicos, cuando no hay nación que no se precie de poseer muchas buenas tragedias?

CAPITULO II.

EXAMEN GENERAL DE LOS POEMAS DONDE LO MARAVILLOSO DEL CRISTIANISMO OCUPA EL LUGAR DE LA MITOLOGIA. EL INFIERNO DEL DANTE: LA JERUSALEN LIBERTADA.

Establezcamos desde luego algunos principios. Los hombres y sus pasiones ocupan en toda epopeya el primer lugar.

De aquí resulta: Que todo poema en que una religión es el asunto y no lo necesario, ó por decirlo de otro modo, en que lo *maravilloso* es el fondo y no lo accidental de la pintura, flaquea desde sus principios.

Si Homero y Virgilio hubieran colocado sus escenas en el Olimpo, no cabe duda que á pesar de su ingenio no habrían podido mantener hasta el fin el interés dramático. Hecha esta anotación, cuya certeza es incontestable, no debemos atribuir jamás al cristianismo la languidez que reina en los poemas cuyos principales personajes son seres sobrenaturales: el vicio está en la composición. Apoyados en esta verdad, veremos que cuanto mayor medianía haya guardado el poeta épico entre las cosas divinas y humanas, se hace mas *divertido* para hablar segun *Desprez*, *Disertis para enseñar*, es la primera cualidad que exige la poesía.

La primera obra que se nos presenta, sin hacer cuenta de algunos poemas escritos en un latín bárbaro, es la *divina comedia* del Dante. Casi todas las bellezas de esta excelente producción dimanan del cristianismo, y sus defectos del siglo y mal gusto del autor. En lo patético y terrible queda ya igualado el Dante á los mejores poetas. Trataremos en otra parte de sus pormenores.

Solo habia en los tiempos modernos dos asuntos buenos para un poema épico, las *Crucadas* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*: Mr. de Malblatre habia intentado desempeñar el último. Aun lloran las musas que la muerte haya arrebatado

á este jóven poeta antes de ejecutar su designio. Mas este asunto siempre tiene para un francés el defecto de ser extranjero. Es, pues, uno de los fundamentos de toda verdad crítica, que ó es menester trabajar sobre un asunto antiguo, ó que si se escoge una historia moderna, sea nacional.

Las cruzadas recordan la *Jerusalén libertada*. Este poema es un modelo perfecto de composición. En él se puede aprender á mezclar los asuntos sin confundirlos. El arte con que el Tasso nos trasporta de una batalla á una escena de amor, de una escena de amor á un consejo, de una proesión á un palacio mágico, de un palacio mágico á un templo, de un asalto á la gruta de un solitario, del tumulto de una ciudad sitiada á la cabaña de un pastor; este arte, digo, es admirable. La composición de los caracteres no es menos sabia. La ferocidad de Argante es opuesta á la generosidad de Tancredo; la grandeza de Soliman al esplendor de Renaud; la sabiduría de Godofredo á la astucia de Aladin, y hasta el ermitaño Pedro (como lo ha observado Voltaire) hace un bello contraste con el encantador Ismen. Por lo que toca á las mujeres, se halla la afectación en Armida, la sensibilidad en Herminia y la indiferencia en Clorinda. No hubiera el Tasso dejado por expresar carácter alguno de las mujeres si hubiese representado el *la madre*: tal vez debemos buscar el motivo de esta omisión en la misma naturaleza de su talento, que era mas encauzado que verdadero y mas brillante que tierno.

Homero parece haber sido particularmente dotado de genio, Virgilio de sensibilidad y el Tasso de imaginación. No hubiera duda en cuanto al lugar que debía ocupar el poeta italiano, si tuviese una sola de aquellas gracias delirantes que hacen tan dulces los suspiros del Cisne de Mantua. Pero el Tasso es poco verdadero siempre que hace hablar al corazón, y como los rostros del alma son las verdaderas bellezas, queda necesariamente inferior á Virgilio.

Por lo demás, si la *Jerusalén* tiene una flor de poesía exquisita, si se respira en ella la edad tierna, el amor y los disgustos del hombre sabio y desgraciado que escribió aquel modelo de poesía en medio de su juventud, también se olean de ver los defectos de una edad temprana para la grande empresa de una epopeya. La octava del Tasso casi nunca está llena; sus versos, hechos con mucha precipitación, no pueden compararse con los de Virgilio, cien veces templados al fuego de las musas, como la tempestad que aquel mismo nos representa forjándose en las cuevas de Lemnos. También es de advertir que las ideas del Tasso no son de la hermosa casta que las del poeta latino. Las obras de los antiguos se conocen, por decirlo así, por la nobleza de su *argento*. Casi no son tanto entre ellos como entre nosotros, algunos pensamientos brillantes en medio de muchas cosas comunes, cuanto una bella multitud de ideas

que se enlazan, y descendiendo todas de un mismo padre, tienen todas un mismo aire de parentesco; así como el grupo de los hijos de Noé, desnudos, sencillos, púlicos, vergonzosos, asidos por la mano con una dulce sonrisa, y siendo su único adorno una corona de flores sobre sus enroscados cabellos.

Se puede decir, por último, que Homero es el sol; Virgilio el astro que repite los fuegos del día y cuya luz es mas débil, aunque mas melancólica y tierna, y el Taso la estrella serena, cuya carrera es menos larga y su grandor menos aparente que el de los otros dos astros, pero que llena el intervalo que se halla entre sus imperios, y cuyo levantamiento sobre el horizonte anuncia la hora del deleite.

Tendrá que convenir necesariamente quien vea la *Jerusalén*, en que sobre un asunto cristiano se puede hacer alguna cosa excelente. Y qué sería si el Taso se hubiese valido de todos los grandes resortes del cristianismo? Pero le vemos poco atrevido, y este temor le obligó a valerse de las pequeñas artes de la magia, cuando podía valerse innumerables veces del sepulcro de Jesucristo, de que apenas hace mención al principio y fin de la obra, de una tierra consagrada con tantos y tantos prodigios. La misma timidez le ha hecho encajar en su cielo. Su *infierno* tiene muchos rasgos de mal gusto. Añádase á esto el no haberse servido donde debiera del mahometismo, cuyos ritos son tanto mas curiosos cuanto menos conocidos. Debiera por último haber echado alguna mirada sobre la antigua Asia, sobre aquel Egipto tan famoso, sobre aquella grande Babilonia, sobre aquella soberbia Tiro y sobre los tiempos de Salomón y de Iseut. ¿Cómo ha olvidado su musa el arca de David recorriendo á Israel? No oímos ya sobre las cinas del Líbano la voz de los profetas? ¿No aparecen algunas veces sus sombras sobre los cedros y entre las pinos? ¿No cantan ya los ángeles sobre Gólgota y ha dejado de llorar el torrente de Cedron? Da enfado que el Taso no haya hecho alguna memoria de los patriarcas, pues á la verdad no dejara de hacer armonía el paraíso terrenal en un rincón de la *Jerusalén*.

CAPÍTULO III.

PARAISO PERDIDO.

Así al *Paraíso perdido* de Milton como al *infierno* del Dante, les podemos aplicar el defecto de que hemos hablado, á saber: que lo *maravilloso* es el asunto y no la trama de la obra; pero se encuentran en él bellezas superiores unidas esencialmente á las bases del cristianismo.

La apertura del poema se hace en los infiernos, y por tanto este principio no tiene cosa que se oponga á la regla de sencillez prescrita por Aristóteles. Un edificio tan asombroso necesitaba un

pórtico extraordinario para introducir de un golpe al lector en aquel mundo desconocido del que jamás había de salir.

Milton es tambien el primer poeta que ha terminado la epopeya por la desgracia del principal personaje, contra la regla generalmente adoptada. Permitásenos pensar que es mas interesante, mas grave y mas semejante á la condicion humana una historia que termina en las miserias que una que concluye en la felicidad. Aun podríamos sostener que la catástrofe de la *Ilíada* es trágica, porque aunque el hijo de Peleo llega al término de sus deseos, sin embargo, la concision del poema nos deja sumergidos en la trision del personaje y el dolor de Heccuba y Andrómaca junto á la hoguera de este héroe, cuando se percibe á lo lejos la muerte de Aquiles y la ruina de Troya.

El origen de Roma, cantado por Virgilio, es sin duda un grande asunto; pero un poema que pinta una catástrofe cuyas víctimas somos nosotros mismos, y que en vez de esta ó la otra cabeza de la sociedad nos manifiesta el fundador del género humano, ofrece aun cosa mas grande. Milton, en lugar de entretenernos con batallas, juegos fúnebres, campamentos ó sitios de ciudades, se contenta con delinearnos el primer pensamiento de Dios, manifestado en la creacion del mundo, y los primeros pensamientos del hombre al salir de las manos del Criador.

Ninguna cosa mas grande é interesante que este estudio de los primeros movimientos del corazón humano. Adán despierta á la vida, se abre sus ojos y no sabe de dónde sale. Mira al firmamento; movido del deseo quiere avalanzarse á esta hermosa bóveda, se halla de pié con la cabeza levantada orgullosamente hacia el cielo, toca sus miembros, corre, se detiene, quiere hablar y habla. Nombra naturalmente cuanto ve, y exclama: *Oh tú, sol, y vosotros, árboles, florestas, colinas, valles, animales de diversas especies!* y todos los nombres que pronuncia son los verdaderos de las cosas. Y por qué Adán se pone á hablar con el sol y con los ár-

1. A caso esta triseña proviene del interés que tomamos por Hector: Hector es tan héroe en el poema como Aquiles; este es el gran defecto de la *Ilíada*. Es cierto que el lector se interesa por los troyanos contra la intencion del poeta, porque todas las escenas dramáticas pasan en los muros de Troya. Aquel anciano mozo, cuyo solo delito es el amar demasiado á un hijo culpable; aquel generoso Hector, que defiende á su hermano sin embargo de conocer su delito; aquella Andrómaca, aquel Astianax, aquella Heccuba, enternosen todos los corazones, entre tanto que el campo de los griegos solo ofrece avaricia, perfidia y ferocidad. Tal vez obra tambien secretamente sobre el corazón del lector moderno la memoria de la *Eucida*, para que se declare sin querer por los héroes que ha cantado Virgilio.

boles? *Sol y árboles*, dice, *¿sabéis el nombre del que me ha criado?* Así, el primer sentimiento que el hombre experimenta es el de la existencia de un Ser Supremo; la primera necesidad que manifiesta es la de un Dios. ¿Qué sublime es Milton en este pasaje! ¿Y hubiera conseguido esta sublimidad si no hubiese conocido la verdadera religion?

Dios se manifiesta á Adán; conversan juntos la criatura y el Criador, *hablan de la soledad*. Omítense las reflexiones. La soledad no es buena para el hombre. Duérmese Adán, y Dios saca del costado de nuestro primer padre una nueva criatura. Despierta Adán y Dios le presenta su esposa. "El garbo está en su andar, sus ojos son "un cielo, y todos sus movimientos respiran gentileza y amor. Se llama *mujer*; ha nacido del "hombre. Dejará el hombre por ella su padre "y su madre, y será una misma carne y alma con "su esposa." ¡Infeliz de aquel que no conozca en estos rasgos la Divinidad!

Este grande aspecto de la naturaleza humana y la sublimidad del cristianismo se desenvuelven mas y mas en Milton. El carácter de la mujer está admirablemente delineado en la fatal culpa. Eva cae por el amor propio; se precia de ser bastante fuerte para exponerse por sí sola; no permite que Adán la acompañe en la soledad en que cultiva sus flores; y esta misma criatura que se cree tanto mas invencible cuanto mayor es su flaqueza, ignora que una palabra sola la puede subyugar. La Escritura, que tanto ensalza á la mujer fuerte, nos pinta siempre á la mujer esclava de su orgullo. Cuando Isaias amenaza á las hijas de Jerusalén, las dice: "Perderéis vuestros raras, cilios, vuestras sortijas, vuestros brazaletes y "vuestros velos." En nuestros días se nos ha presentado un ejemplo admirable de este carácter. Hubo mujeres que durante la revolución habían dado pruebas multiplicadas de heroísmo, y después vino su virtud á escoger en un ramillete de flores, una fiesta, ó en una moda nueva. Así se explica una de aquellas grandes y misteriosas verdades ocultas en la Escritura. Condenando Dios á la mujer á parir con dolores, le dió una fuerza invencible contra las penas; pero al mismo tiempo, en castigo de su pecado, la dejó débil contra el placer. Milton, que por el estudio de la Biblia había descubierto estos contrastes, llama á la mujer *fair defect of nature*, "bello defecto de la naturaleza."

Mercede ser examinado el modo con que el poeta inglés ha manifestado la caída de nuestros primeros padres. Cualquiera otro ingenio común hubiera trastornado el universo al punto que Eva tocó con sus labios la fruta fatal; pero Milton solo ha dado un gemido al mundo, que acaba de concebir la muerte. En efecto, por lo mismo que esto le sorprenden menos, causa en nosotros mas sorpresa. ¡Cuántas calamidades se divisan á lo lejos en esta tranquilidad presente de la naturaleza! Tertuliano da, como acostumbra, una razon sublime,

diciedo que los delitos de los hombres no han trastornado enteramente el universo, por la PACEYENCIA DE DIOS.

Milton se ha conducido lo mismo en lo que toca á Adán, luego que Eva le presentó la fruta. Nuestro primer padre no se revuelca en la tierra, no se arranan los cabellos ni grita; el temblor se apodera de él, queda pálido, muda con la boca entreabierta y los ojos clavados en su esposa. Percibe lo enorme del delito; queda por un lado sujeto á la muerte si desobedece; conserva por otro su inmortalidad si permanece fiel; pero por ende su amada compañera condenada á morir en adelante. Puede rehusar el fruto; pero puede vivir sin Eva? El combate es breve, y todo un mundo queda sacrificado á su esposa, la consuela, llena de improperios á su esposa, la consuela, toma la fatal manzana, y come. Nada se altera aun en la naturaleza al acabarse la consumacion del delito; solo las pasiones empiezan á levantar algunas olas en el corazón de los cónyuges desdichados.

Duérmese Adán y Eva, pero sin aquella inocencia que hace grato el sueño. Despiertan de este pesado sueño como de una dolorosa vigilia (*as from unrest*), y entonces se les representa su pecado. "¿Qué hemos hecho?" exclama Adán; *¿por qué estás desnuda?* *Cubrámosnos para que no nos vean en este estado.* Pero el vestido no cubre toda la desnudez que han percibido.

Entre tanto conoce el cielo el delito, y ocupa á los ángeles una santa tristeza. *That's sadness mixt with pity, did not utter their bliss;* "pero es "ta tristeza mezclada de compasion no altera su "felicidad," exclama. Envía Dios á su Hijo para sublimidad y ternura. Conviene llenar de cristianidad, sublimidad y ternura. Havia Dios á su Hijo para juzgar á los culpables; hacia el juez misericordioso, llama á Adán en la soledad: "¿Dónde estás?" le dice." Adán se oculta. "Señor, no me atreva á presentarme, porque estoy desnudo." "¿Cómo no sabes que estás desnudo?" *Has comido del "fruto de la ciencia?"* ¿Que diálogo! esta no es invencion humana. Adán confiesa su delito y el Señor pronuncia la sentencia: "¡Hombre! tú "comerás el pan con el sudor de tu rostro; avanza con trabajo el seno de la tierra, y habiéndote "do salido del polvo, en polvo te volverás á "convertir." *Mujer, tú parirás con dolores*." He aquí en pocas palabras la historia del género humano. No sé si el lector quedará tan pasado como yo; pero encuentro en esta escena del Génesis cierta cosa tan extraordinaria y grande, que se escapa á toda explicacion de la critica; faltan términos á la admiracion y se anonada el arte.

Vuélvase el Hijo de Dios al cielo después de haber dejado vestidos á los culpables. Empieza luego aquel famoso drama entre Adán y Eva en que pretenden que Milton ha descrito una parte de su vida, una reconciliacion entre él y su primera mujer. Yo estoy persuadido á que los

grandes escritores nos han dejado su vida en sus historias. Hacen una hermosa pintura de su corazón en persona de otro, y lo mejor de ella se compone de recuerdos.

Retírase Adán por la noche bajo una oscura sombra; se muda la naturaleza del aire, oscurecen los cielos fríos vapores y nubes pesadas; abraza el rayo los árboles; huyen los animales al ver al hombre; comienza el león á perseguir al cordero y el águila á despedazar la paloma. Adán cae en la desesperación y desea volver á entrar en el seno de la tierra. Pero le ocurre la duda de si tenía en sí alguna parte inmortal, si podía ó no perecer aquel soplo de vida que había recibido de Dios, si le serviría la muerte de algún alivio, ó sería por ella condenado á una eterna infelicidad.... ¿Puede codiciar la filosofía un género de bellezas mas elevadas y graves? No solo no se halla poeta antiguo que haya fundado en semejantes bases la desesperación de alguno, pero ni aun los mismos moralistas tienen cosa mas elevada.

Habiendo oído Eva los gemidos de su esposo, se acerca tímidamente hacia él; Adán la ceba de sí: Eva se postra á sus pies y los lava en lágrimas; se enternece Adán, y levanta del suelo á la madre de los hombres. Propone Eva ó vivir en la continencia ó morir por salvar su posteridad. Esta desesperación, tan bien atribuida á una mujer, tanto por su exceso como por su generosidad, admira á nuestro primer padre. «Y qué responde esto á su esposa? «Eva, la especie que fundas en el sepulcro y el mismo «desprecio que haces de la muerte, me prueba «que hay en ti alguna cosa sublime que no es «sújeta á la anonadación.»

Determinan por fin los dos desgraciados cónyuges encomendarse á Dios y ponerse en manos de su eterna misericordia. Prostrados allí, levantan su corazón y voz humillada hacia el que perdona. Se abren aquellos acantos á la mansion celestial, y el Hijo mismo los presenta al Padre. Con razon se admiran en la *Idiada* las *deprecaciones* *súplicas* que siguen á la *injuria* para reparar los males que esta ha causado. En efecto, sería imposible hallar mejor alegoría que estas súplicas. Sin embargo, aquellos primeros suplicantes de un corazón contrito que hallan el camino que bien pronto deben seguir todos los demás suspirios del mundo; aquellos humildes votos que acaban de mezclarse con el incienso que humea delante del Santo de los santos; aquellas lágrimas penitentes que rogocian á los espíritus celestiales, que son ofrecidas al Eterno por el Redentor del género humano, y que conmueven á Dios mismo (tanto pudo esta primera súplica del hombre arrepentido ó infeliz); todas aquellas circunstancias remidas tienen en sí cierta cosa tan moral, tan solenne y tan tierna, que jamás pueden ser borradas por las *súplicas* del cantor de Troya.

Habiéndose el Altísimo dejado apaciar, deter-

minó la salvación final del hombre. Es grande habilidad de Milton haberse servido de este primer misterio de las Escrituras, y sobre todo, haber mezclado la admirable historia de un Dios que desde el principio se ofrece á la muerte por rescatar de ella al hombre. Se hace mas terrible y trágica la caída de Adán cuando se le ve traer consigo la del Hijo mismo del Eterno.

Sin embargo de estas bellezas que pertenecen al fondo del *Paraiso perdido*, tiene una multitud de bellezas descriptivas de que sería muy penoso el hablar. Milton tiene particularmente el mérito de la expresion. Conocemos las *tiembles visibles*, el *silencio muy alegre*, etc. Estas licencias, cuando se saben usar, hacen un efecto brillantísimo, así como las desentonaciones musicas por *pasajes* y *señalones* manifiestan travesura de ingenio. Pero es menester tener cuidado de no abusar cuando se andan buscando, solo forman un juego puero de palabras tan pernicioso á la lengua como al buen gusto.

Hay que hacer otra advertencia esencial en el cantor de Eden, y es que á ejemplo de Virgilio, se ha hecho original imitando, lo cual prueba que el estilo original no es el que tomas nada de nadie, sino el que nadie imita.

Nadie como Virgilio ha conocido el arte de apropiarse las bellezas de los tiempos pasados, acomodándolas á las costumbres del siglo en que vivía. Se puede ver cómo ha aplicado á la madre de Euriolo los lamentos de Andrómaca por la muerte de Hector. Homero es algo mas natural en este último trozo que el poeta de Mantua; á quien por otra parte ha prestado rasgos maravillosos, como por ejemplo, la obra que se escapa de las manos de Andrómaca, el desvanecimiento y algunos otros que no están en la Eneida, como el presentimiento de la desgracia, y aquella cabeza desmeleada que alarga Andrómaca por entre las almenas. Pero tambien el episodio de Euriolo es mas patético y tierno. Aquella madre, única entre las troyanas que quiso seguir el destino de su hijo; aquellos vestidos ya imitados con los que ocupaba su amor maternal, su destierro, su vejez y su soledad, al tiempo mismo que arrastraban la cabeza del jóven por debajo de los terraplenes del campo; aquel *femenio ululato* de chillido mujoril, son cosas solo propias del alma de un Virgilio. Los quejidos de Andrómaca, por ser mas largos, pierden su fuerza; pero el sentimiento de los de la madre de Euriolo, por salir mas oprimidus, quebrantan el corazón. Bien se ceba de ver en Virgilio la grande diferencia que reinaba ya entre su siglo y el de Homero, y se conoce que todas las demás artes, y aun la del amor, habian adquirido mas perfeccion.

CAPÍTULO IV.

DE ALGUNOS POEMAS FRANCESES Y EXTRANJEROS.

Aun cuando solo el *Paraiso perdido* hubiera sido produccion del cristianismo, y no la *Jerusalén libertada*, ni *Polixente*, ni *Esther*, ni *Atahualpa*, ni *Zaira*, ni *Alcira*, podríamos sostener que es favorable á las musas. Pondremos en este capítulo, entre el *Paraiso perdido* y la *Henriada*, algunos poemas franceses y extranjeros acerca de los cuales hablaremos muy poco.

Los trozos notables esparcidos en el *San Luis* del padre Lemoine, han sido citados tantas veces, que nos es preciso omitirlos. Con todo, este poema defectuoso tiene bellezas que no se hallan en la *Jerusalén*. Reina en él una imaginacion sombría que conviene á la pintura de aquel Egipto lleno de tradiciones y sepulcros, que vio pasar unos tras otros á los faromeos, los solitarios de la Tebaida y los soldados de los bárbaros.

Solo en los versos de Boileau son conocidos la *Piédle* de Chapelain, el *Moisés salvado* de Saint-Amand y el *Derech* de Coras. Sin embargo, puede sacarse algun fruto de la lectura de estas obras. El *Derech* sobre todo merece ser recorrido. El profeta Samuel cuenta á David la historia de los reyes de Israel:

Jamás quoda la fiera tiranía
Ante el Rey de los reyes sin castigo,
Y un triste monumento nos ofrecen
De esta verdad los últimos candillos.

Héi, del tabernáculo cabeza,
Por Dios juez de su pueblo fué elegido;
Y su patrin salvara con su celo,
A no ser padre de tan torpes hijos.

Mas el Señor fulminó su sentencia
Al vicio obstinado en sus vicios,
Y la voz de un ministro les anuncia
Su ruina, y de su raza el exterminio.

¡Ah! ¡cuánta fué de Heli la fiera pena
Al escuchar el fallo! Yo testigo
Fuí de sus ansias, y mi frente misma
Baño el triste con llanto dolorido.

Estos versos son dignos de atencion, porque tienen toda la belleza de una buena versificación. La nocion que los termina debe ser confesada por el mejor poeta.

El episodio de Rut, referido en la gruta sepulcral en que están enterrados los antiguos patriarcas, está lleno de encantos y sencillez.

Entre el esposo y la esposa
Nadie á decir se aventura

Quién tuvo el alma mas pura
Ó la suerte mas dichosa.

Coras, por último, es feliz á veces en el verso descriptivo; prueba de ello es este pasaje en que pinta al sol caminando á su Mediodía.

En tanto el sol de luces coronado
Su forma disimula y su ardor creece.

Saint-Amand es inferior á Coras, aunque mas conocido y casi ensalzado por Boileau. La composicion de *Moisés salvado* es de poco espíritu, el verso flojo y prosaico, y su estilo de mal gusto y lleno de antitesias. Se ven sin embargo en él algunos trozos de una verdadera sensibilidad, y esto es sin duda lo que habia dulcificado el humor del cantor del *Arte poético*.

Sería inútil detenernos mucho en la *Araucana*, con sus tres partes y treinta y cinco cantos originales, no olvidando los que don Diego de Santistevan añadió á este poema. En esta obra no se encuentra lo *maravilloso* del *cristianismo*, porque es una narracion histórica de algunos sucesos acaecidos en las montañas de Chile; lo mas interesante es ver allí al mismo Ercilla pelando y escribiendo. El poema está en octavas, como el *Orlando* y la *Jerusalén*. La literatura italiana daba entonces la norma á toda la literatura europea. Ercilla entre los españoles y Spenser entre los ingleses han hecho estancias é imitado al Ariosto hasta en su exposicion.—Dice Ercilla:

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco, no domada,
Pusieron duro yugo por la espada.

Es sin embargo mejor y mas fértil asunto de una epopeya el de la *Lusada*. No sé cómo un hombre del ingenio de Camoens no ha sabido sacar mayor partido. Pero últimamente es preciso hacerse cargo de que fué el primer épico moderno; que vivía en un siglo bárbaro; que tiene cosas pasmosas y á veces sublimes en las descripciones de su poema, y sobre todo, que el cantor del Tajo fué el mas desgraciado de todos los mortales. Es un sofisma propio de la dureza de nuestro siglo asegurar que las mejores obras se componen en medio de la tribulacion. Por lo regular es incierto que puede escribir bien el que está padeciendo. Los hombres que se consagran

1 Sin embargo, dejáremos por ahora de hacer otras criticas; el episodio de *Inés* nos parece puro y penetrante, pero demasiado abizado generalmente y bien distante de tener los desenlaces de que es susceptible.

al culto de las musas, se sumergen en el dolor mas pronto que los talentos vulgares: un genio elevado gasta muy pronto el cuerpo que le contiene; las grandes almas, así como los grandes ríos, están expuestas a inundar sus márgenes.

La mezcla que ha hecho Camoens de la fábula y el cristianismo, nos dispensa hablar de lo maravilloso de su poema.

Klopstock enóy también en el defecto de tomar lo maravilloso del cristianismo por asunto de su poema. Su principal personaje es un Dios, y esto solo destruye el interés trágico; hay no obstante buenas cosas en el *Mesías*. Los dos amantes resucitados por Cristo, ofrecen un episodio que no hubiera podido formar la mitología. No nos acordamos de personajes algunos arrancados del sepulcro entre los antiguos, á no ser Alcestes, Hipólito y Heres de Panfilia.¹

Lo que se echa de ver, sobre todo en el maravilloso del *Mesías*, es la abundancia y la grandeza: todos aquellos globos habitados por seres diferentes del hombre; aquella profusión de ángeles, de espíritus de tinieblas, de almas al nacer ó que han habitado ya la tierra, profundizan el espíritu en la inmensidad. El carácter de Abaddon y el ángel arrepenido, son un pensamiento feliz. Klopstock inventó también una especie de surafines místicos, desconocidos enteramente antes de él.

Gessner ha dejado en la muerte de Abel una obra llena de una tierna majestad. Sería irreparable si no tuviera aquella tintura melosa del idilio, que han acostumbrado dar los alemanes á los asuntos sacados de la Escritura: casi todos han pecado contra una de las principales leyes de la epopeya, que es la verosimilitud de las costumbres, y transformado en inocentes pastores de la Arcadía los reyes pastores del Oriente.

El autor del poema de *Noé* solo á sí mismo puede echar la culpa de haber tenido mal suceso en su asunto. ¿Qué mejor empresa que un mundo antediluviano para una imaginación fecunda? En ella no lo tiene que inventar todo, pues solo con registrar el Génesis, las cronologías de Eusebio y algunos tratados de Luciano y Plu-

1. En el libro décimo de la República de Platon. Así se decía en la primera edición. Posteriormente, Mr. Boissonade, uno de nuestros primeros filólogos y tan erudito como urtano, me ha remitido la nota siguiente de los hombres resucitados en la antigüedad pagana con el acortamiento de los dioses ó del arte de Esculapio.

“Esculapio resucitó á Hipólito y había hecho otros milagros. Apolodoro (Bibl. III, 10, 3) dice, con el testimonio de diferentes autores, que volvió á la vida á Capaneus, Licurgo, Tindaro, Himeneo y á Glauco. Toleroaco, citado por el Escalio de Eurípides (Ale. 2), habla también de la resurrección de Orion intentada por Esculapio. Véanse las notas de Heyne y Clavier sobre el pasaje de Apolodoro, y las de Valckenner sobre el Hipólito de Eurípides, pág. 318.”

taresco, se halla con abundancia donde escogier. Escaligero ha citado un fragmento de Polyhistoro, en que este autor habla de ciertas tablas escritas antes del diluvio y conservadas en *Sypary*, que es la misma verosimilitud que la *Siphara* de Tolomeo.² Las musas hablan y entienden todas las lenguas; y así ¿qué cosas no podían leer ellas en estas tablas?

CAPITULO V.

LA HENRIADA.

Si las cualidades necesarias para un poema épico fuesen solamente la sabiduría en el plan, la viveza y rapidez en la narración, elegancia en la dición, pureza en el gusto y corrección en el estilo, la *Henriada* sería un poema completo; pero todo esto no basta; se necesita también que la acción sea heroica y sobrenatural. ¿Y como Voltaire había de tener oportunamente el resorte de lo maravilloso del cristianismo, cuando sus esfuerzos se dirigian siempre á destruirle? Mas es tal la influencia de las ideas religiosas, que el autor de la *Henriada* debe los trozos mas brillantes de su poema épico y las mejores escenas de sus tragedias, al mismo culto que persiguió.

La filosofía moderada y la moral fría y severa son condiciones propias de la historia; pero aplicar esta severidad á la epopeya, es caminar al revés. Así cuando en la invocación de su poema exclama Voltaire:

“Desciende de los cielos, Verdad santa!”

nos parece que ha incurrido en una equivocación, porque á la poesía épica

“La fábula y ficción la dan la vida.”

El Taso, que trataba también un asunto cristiano, hizo estos encantadores versos á imitación de Platon y Lucrecio:³

1. A no ser que se derive *Sypary* de la palabra hebraea *Sepher*, que significa biblioteca. *Josefo*, lib. I, c. 2, de *Antiq. Jud.*, habla de dos columnas, una de ladrillo y otra de piedra, sobre las cuales habian grabado los hijos de Seth las ciencias humanas, para que no pereciesen en el diluvio que habia sido ratiocinado por Adán. Estas columnas subsistieron mucho tiempo después de Noé.

2. “Como el médico que para sanar la enfermedad, mezcla á las bebidas gustosas los remedios de la curación, y echa por el contrario amargos en los alimentos que le son nocivos, etc.” Platon, de *Leg.* lib. I. *Ac seculi pueris absinthia, tetra medentes, etc.* Lucrecio, lib. IV.

3. Si se responde que también el Taso ha invocado á la Verdad, nosotros opondremos que no lo ha hecho como Mr. Voltaire. La Verdad del Taso es una musa, un ángel, no sé qué cosa indeterminada, sin nombre, un ser cristiano,

Sai, che la torre in mondo, ove piu versi
Di sue dolcezze il luzinghier Parnasso, etc.

No hay poesía donde no hay ficción, dice Plutarco.¹

Pero ¿proverbia esto de que la Francia, á medio conquistar entonces, no fuese bastantes bosques donde poder hallar algun castillo viejo con aberturas en sus galerías salitreras, subterráneas, torres cubiertas de verdin, de yedra, y lleno todo de historias maravillosas? ¿No se encontraba algun templo gótico en un valle cercado de árboles druida cantando las antiguas memorias de las Galias al ruido de la tempestad, sentado bajo de una encina ó á la orilla de un torrente, y llorando sobre el sepulcro de los héroes? Yo aseguro que existirían aun algunos caballeros del reinado de Francisco I que llorarían en su casa los torneos antiguos y aquellos preciosos tiempos en que la Francia estaba en continua guerra contra los héroes que se infabla. ¿Qué cosas no se podían sacar de aquella revolución de los batavos, vocinos, ó digámoslo así, hermana de la Liga? Los holandeses se establecieron en las Indias y Felipe recogía los primeros tesoros del Perú. El mismo Coligny habia enviado una colonia á la Carolina; el caballero de Geurges ofrecía al autor de la *Henriada* un soberbio y admirable episodio: una epopeya debe valerse de todo cuanto encierra el mundo.

La Europa ofrecía al autor de la *Henriada* el mas bello contraste en las costumbres primitivas y pastoriles de la Helvecia, en el pueblo comerciante de Inglaterra y en el siglo de las artes de Italia. Lo interior de la Francia ofrecía también la época mas favorable á la poesía épica; época que es preciso elegir, como Voltaire habia hecho, cuando van á extinguirse las costumbres antiguas y cuando se dar principio las nuevas de otra. La barbarie espiraba, y comenzaba á florecer el siglo de Luis. Había venido Malherbe, este héroe, tan poeta y sacerdote como caballero, hubiera podido entonces conducir los franceses al combate cantando himnos á la victoria.

Es cierto que los caracteres de la *Henriada* solo consisten en retratos, y tal vez se ha ensalzado demasiado este modo de pintar, de que Roma en su decadencia nos ha dado los primeros modelos. El retrato no pertenece á lo épico, y solo suministra bellezas sin acción y sin movimiento.

Dudan también algunos de que se halle en la *Henriada* verosimilitud de costumbres. Los héroes de este poema suministran hermosos versos, que desmenuen los principios filosóficos de Mr. Voltaire; pero representan bien á los guerreros del siglo XVI? Y aunque algunos discursos de los de la Liga ponen á la vista el espíritu de aquel

no y no Verdad personificada directamente, como la de la *Henriada*.

1. En un Tratado del modo de leer los poetas.

tiempo, ¿no podemos asegurar que mas las acciones de estos personajes que sus palabras debieran manifestarnos este espíritu? A lo menos el cantor de Aquiles no ha reducido á arengas su *lliada*.

Por lo que toca á lo maravilloso, no se halla, segun mi dictamen, en la *Henriada*. Si ignoráramos el desgraciado sistema que helaba el genio poético de Mr. Voltaire, sería incomprendible cómo pudo preferir las divindades alegóricas á lo maravilloso del cristianismo. Solo tienen algun vigor sus invenciones en aquellos lugares en que deja de ser filósofo para ser cristiano. Luego que se arrima á la religión, origen de toda la poesía, brota el manantial.

El juramento de los Diez y seis en el subterráneo y la aparición de la fantasma de Guisa, que viene á armar á Clemente de un puñal, son invenciones muy épicas y tomadas de las supersticiones de un siglo ignorante y desgraciado.

¿Y no ha padecido también algun engaño este poeta cuando ha trasportado á los cielos la filosofía? Su *Eterno* sin duda es un Dios justo que juzga con imparcialidad al sacerdote indio y mahometano; pero ¿era esto precisamente lo que se esperaba de su musa? Lo que se le pedía era poesía, un ciclo cristiano; cánticos á *Jehovah*, por último, el *mons divinior*, la religión.

Mr. Voltaire, pues, rompió la cuerda mas armoniosa de su lira, cuando rehusó cantar esta antífona sagrada, y este ejército de mártires y ángeles, de donde hubiera podido sacar con sus tagales, de donde hubiera podido hallar tanto cosas admirables. Hubiera podido hallar en nuestras santas tanto y aun mas poder que en las diosas antiguas, y nombres tan dulces como los de las Gracias. Es lastima que su gran talento no haya querido decir nada sobre aquellas pastoras transformadas por sus virtudes en bienhechoras divindades, ni de aquella Genova que protege desde lo alto del cielo con un cayado el imperio de Clovis y Carlo-Magno. Nos parece que no deja de tener algun encanto para las musas el ver consagrado por la religión á la hija de la sencillez y de la paz el pueblo mas discreto y valiente del mundo. ¿De dónde sino del canto pastoril de la inocencia y belleza de su patrona, poseerian los habitantes de las Galias sus trovadores, su hablar nativo y su inclinación á las gracias?

Han notado críticos juiciosos que hay dos hombres en Mr. Voltaire, uno lleno de gusto, de ciencia y razon, y otro que pecea por el lado opuesto. Se puede dudar que Mr. Voltaire haya tenido tanto talento como Racine; pero tal vez tuvo un entendimiento mas variado y una imaginación mas flexible. Por desgracia, no es siempre la norma de nuestras operaciones la medida de lo que podemos. Si Mr. Voltaire hubiera estado animado por la religión como el autor de *Atalia*; si hubiera hecho como él un estudio severo de los padres y de la antigüedad, y si no hubiera azañado

todas las especies y asuntos, su poesía hubiera sido mas energética y su prosa hubiera adquirido una decencia y una gravedad que le faltan muchas veces. Este grande hombre tuvo siempre la desgracia de vivir en medio de una multitud de medianos literatos, que pronto siempre á aplaudirlo, no le advertían sus descarríos. Si hubiera vivido entre Pascal, Arnaldo, Nicole, Boileau y Racine, le hubieran hecho mudar de tono. En Puerto Real se hubiera indignado de las irreligiosas adulaciones de Ferney; allí no se estimaban las obras hechas con apesuración; se trabajaba con lealtad, y no hubiera querido por el mundo entero engañar al público dándole un poema que no hubiese costado por lo menos doce años cumplidos de trabajo. Lo que había allí mas digno de admiración, es que en medio de tantas ocupaciones hallaron aquellos maravillosos hombres el secreto de observar los mas mínimos deberes de la religión, y cumplir en la sociedad con la urbanidad propia de su siglo.

Una escuela semejante hacia falta á Voltaire. Es una desgracia que unas veces tuviese un carácter que le hiciera admirable y otras aborrecible. Edifica y destruye; da ejemplos y consejos diametralmente opuestos; pone en las nubes el siglo de Luis XIV y quita en seguida por menor la reputación de los hombres grandes de aquel siglo; denigra y admira á un mismo tiempo la antigüedad; persigue por medio de setenta volúmenes lo que él llama *el infame*; y los trozos mas valientes de sus escritos están inspirados por la religión. En tanto que arrebata su imaginación, hace lucir una razon falsa que destruye lo maravilloso, achica el alma y acorta la vida.

Excepto en algunas de sus obras maestras, en todo lo demás descubre solo lo ridiculo de las cosas y tiempos, y muy comunmente enseña al hombre lo que es el hombre, bajo un punto de vista horribilmente alegre. Atrae y fatiga por su movilidad; enana y desmista, y su propio carácter no se conoce, sería inmenso si no fuese tan sabio, y perverso si no tuviese en su vida tantos rasgos de beneficencia. En medio de todas sus impiedades, se conoce que aborrecia á los sofistas. Era naturalmente tan amante de las bellas artes, de las letras y de la grandeza, que no pocas veces le arrebataba una especie de admiración por la corte romana. Su amor propio le hizo correr toda su vida una carrera para la cual no había nacido, y para la que era muy superior. No tenía en efecto cosa que le confundiese con Diderot, Raynal y de Alembert. Su gentileza, sus bellos modales, su gusto hacia la buena sociedad, y su humanidad sobre todo, le hubieran hecho verdaderamente uno de los mas irreconciliables enemigos del reino revolucionario. El se declaró en favor del orden social, sin hacerse cargo que lo destruye desde sus entientes persi-

1 Véase la nota 13 al fin de la obra.

guiendo al orden religioso. Lo que se puede decir mas en su favor, es que su incredulidad le sirvió de obstáculo para elevarse tanto como hubieran podido, y que sus obras, exceptuando sus poesías fugitivas, son muy inferiores á su talento. Ejemplo que debe aterrorizar eternamente á todo aquel que se mete á escribir! Mr. Voltaire fluctuó entre tantos errores, desigualdades de estilo y raciocinio, solo porque le faltaba el contrapeso de la religión; él mismo ha probado que la gravedad de costumbres y piedad de pensamientos son aun mas necesarias que el talento para el trato de las masas.

LIBRO SEGUNDO.

POESÍA CON RELACION A LOS HOMBRERES.
CARACTERES.

CAPITULO I.

CARACTERES NATURALES.

Pasemos desde este examen general de las epopéyas á los pormenores de las composiciones poéticas. Antes de examinar los caracteres *seculares* como los del sacerdote y del guerrero, consideremos los *naturales*, cuales son los del esposo, del padre, de la madre, etc., y caminemos desde luego bajo un principio innegable.

El cristianismo es, por decirlo así, una religion doble. Si se emplea en lo que pertenece á la naturaleza del ser intelectual, se emplea tambien en lo que pertenece á la nuestra. Hace que vayán delante los misterios de la Divinidad y los del corazon humano; aclarando el conocimiento del verdadero Dios, aclara tambien el del verdadero hombre.

Es pues mas favorable para la pintura de los caracteres una religion como esta, que un culto que nada tenga que ver con las pasiones. Una parte mas bella de la poesía, esto es, la dramática, no recibia cosa alguna del politeísmo; la moral estaba separada de la mitología. Un dios subía sobre su carro, un sacerdote ofrecía un sacrificio; pero ni el dios ni el sacerdote enseñaban lo que es el hombre, cuál es su principio, hacia donde camina, cuáles son sus inclinaciones, sus vicios, sus virtudes y sus fines en esta vida ó la otra.

Cabalmente es el cristianismo lo opuesto á este culto. La moral y la religion son entre nosotros una misma cosa. La Escritura nos enseña nuestro origen y nos instruye acerca de nuestras dos naturalezas; todos los misterios cristianos nos son relativos; por todas partes nos vemos á nosotros mismos, y por nosotros fué inmoloado el Hijo de

1 Véase la nota 14 al fin de la obra.

Dios. Desde Moisés hasta Jesucristo y desde los apóstoles hasta los últimos padres de la Iglesia, todo ofrece el retrato del hombre interior, todo camina á disipar las tinieblas que lo cubren; y mientras las falsas religiones han separado al Criador de la criatura, el cristianismo tiene por carácter distintivo el haber unido por todas partes el hombre á Dios.

He aquí pues una ventaja incalculable, que en vez de obstinar los poetas en desconocer, debían reconocer en la religion cristiana. Porque si en cuanto á lo *maravilloso* es tan bella como el politeísmo (así como en cuanto á la correlacion de las cosas *sobrenaturales*), tiene además sobre el politeísmo toda la parte moral y dramática, como esperamos hacerlo ver mas adelante.

Probemos con ejemplos esta grande verdad; hagamos aquí comparaciones que purificando nuestro gusto sirvan para adherirnos mas y mas á la religion de nuestros padres, con los encantos del mas divino de todas las artes.

Demos pues principio al estudio de los *caracteres naturales* por el carácter de los esposos, y opondremos al amor conyugal de Adán y Eva en el *Paraiso perdido*, el reconocimiento de Ulises y Penélope en la *Odisea*. No habrá que imputarnos que escogemos de intento los asuntos medianos de la antigüedad para que resalten mas los del cristianismo.

CAPITULO II.

CONTINUACION DE LOS ESPOSOS.—ULISES Y PENÉLOPE.

Habiendo sido muertos por Ulises los principes, fué Euriclea á despertar á Penélope, quien tardó mucho en creer las maravillas que su nodriza la contaba. Sin embargo, se levanta, baja, salta el umbral de la piedra, atraviesa la sala y va á sentarse junto al muro opuesto, frente por frente de Ulises, á quien se percibia con la claridad del fuego. Estaba sentado al pié de una columna, con los ojos bajos, aguardando en silencio las palabras de su esposo. Pero ella parecia muy y pavorosamente asombrada.

Telémaco acusa á su madre de frialdad; se sonrie Ulises y disculpa á Penélope. Duda sin embargo la primera; y para probar á su esposo, manda que traigan allí el lecho nupcial. Ulises exclama al pronto: "¡Ah! ¡quién se ha atrevido á desconocer mi cama?.... ¡No está apoyado al tronco del olivo al rodeador del cual había yo mismo erigido una sala en mi patio!" etc.

Habló, y el corazon y rodillas de Penélope flaquearon á un mismo tiempo; no dudó que el que acababa de hablar era el mismo Ulises.

1 Odís, lib. XXIII, v. 88.

2 Odís, *ibid.* v. 205 á 210; 214 á 217; 2 á 42; 293 á 296; 300 á 302; 342 á 343.

Volviendo en sí, corre al instante bañada en lágrimas hacia su esposo. Le echó al cuello sus blancos brazos, besa su sagrada cabeza y exclama: "No te irrites, ¡oh tú el mas prudente de los hombres!.... ¡Perdona si he tardado en arrojarme á tus brazos! Mi corazon palpaba de temor con solo el recelo de si las palabras enganosas de un extraño pretendían sorprender mi fe.... Pero al presente tengo ya una señal cierta de tu vuelta. Lo que acabas de decir de nuestra cama desvanece mis sospechas, porque ninguno otro mas que tú la ha visto; nosotros solos la conocemos, excepto la esclava Actoris que me dió mi padre cuando vine á Itaca, y guarda el umbral de nuestra cámara nupcial. Mi corazon endurecido por la desconfianza, cede en fin á las señales que de tí me das."

Acabó ella de hablar y se sintió Ulises bañado de un torrente de lágrimas. Allora sobre esta do y prudente esposa estrechóndola sobre su corazon. Cual se presenta á los marineros la tierra deseada cuando Nerpeum, entregándolos á los vientos é inmensas olas, ha echado á pique su rápido bujel y hundido en la mayor parte en la antigua mar, al querer ganar tierra á nado abordan algunos llenos de alegría (por haber buido los mayores peligros) á las playas, cubiertas de algas y espuma; ¡tal y aun menos dulce es á aquellos pobres marineros la vista de la tierra deseada, que lo eran á Ulises las miradas de Penélope. Esta no pudo apartar sus brazos del cuello del héroe, y la Aurora con su rosada mano hubiera sorprendido á los dos esposos bañados en sus ternas lágrimas, si Minerva no hubiera detenido al sol en la mar, etc.

Entre tanto condujo Eurimedo á la cámara nupcial á Ulises y Penélope; les precedió una hacha encendida en la mano; se retira inmediatamente, y lloran los dos esposos de alegría, porque vuelven á ver su antiguo lecho.... Después de haberse embelesado con el amor, se calefaccionaron con la mutua recitación de sus penas....

Casi no habia acabado Ulises las últimas palabras de su historia, cuando un profundo sueño suspendió las fatigas de su cuerpo y la inquietud de su alma.¹

1 Madama Daer ha desfigurado extrañamente esto trozo, pues perfirandose los versos griegos, dijo: *A estas palabras la reina cayó casi desmayada; las rodillas y el corazon la flaquearon á un tiempo, y no duda ya que es este su querido Ulises. Habiendo vuelto por último en este su querido Ulises, corrió á él con el rostro bañado en lágrimas, y abrazándole con todas las señales de que no se halla en el texto. Y otras veces añade cosas de que no se halla en el texto una sola palabra. Suprimo por último algunas veces las ideas de Homero, y reemplazo las suyas propias, de donde proviene no hacer mención de estos versos admirables:*